

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

Discurso Inaugural.

Juan Carlos Skewes.

Cita:

Juan Carlos Skewes. (2001). *Discurso Inaugural. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/xaq>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Discurso Inaugural

Juan Carlos Skewes
Presidente del Colegio de Antropólogos

Estimadas y estimados Beatriz Sandoval, Cristina Barría, Matías Wolf, Soledad Vergara, Francisco Garrido, Ariel Fuhrer, Luis Pezo, Catalina Barrales, Alejandra Carreño, Fernando Gómez, Felipe Gajardo, Angela Guajardo, Jorge Canales, Andrés Aedo, Yerko Araneda, Carola Naranjo, Ada León, Héctor Miranda, Karinna González, Patricia Sebastián, Daniela Galleguillos, Natalia Soazo, Pamela Jorquera, Lucía Olivares, Paulo Rossel, Kevin Holmes, Andrea Cardoza, Jochen Grosser, Andrea Chamorro, Estelí Padilla, Scarlett Bozzo, Paula Mendoza, Nicolás Orellana, Patricia Thielemann, Verónica Tapia, Felipe Gutiérrez, Francisco Silva, Christopher Valdés, Evelyn Arriagada, Ricardo Moyano, Katerin Barrales, Vanessa Rojas, Katerinna Riff, María Paz Espinosa, Macarena Espinoza, Jacylin Bujes, Claudio Guerrero, Vivian Lay, Mery Rodríguez, Paola Canto, Cristian Olea, Isabel Espinosa, Cristian Zapata, Carmen Gloria Araya:

En ustedes, estudiantes de antropología que acuden a hacer posible este IVº Congreso Chileno de Antropología - y también en aquellos que vienen desde Temuco y de Valdivia - renace la indiscreta mirada de esta etnografía que nos cuenta de las intimidades de un mundo que quiso desposeerse de su cuerpo y de su historia, pretendiendo tornar su cultura en universal, y que, como en toda aventura humana, termina fragmentándose en miles de otras culturas.

Desde la trastienda de este edificio moderno nos es posible discernir murmullos inaudibles para el pensamiento oficial. Voces de los pueblos indígenas y aborígenes del mundo. De aquellos y aquellas que proclaman avenidas no transitadas. Grietas verosímiles que surgen de las así llamadas minorías; reclamos y aspiraciones de aquellos pueblos cuyos cursos históricos fueron interrumpidos por la expansión arrogante de Occidente.

Muchos de ustedes llegaron a este extraño edificio, atraídos quizás por las mismas preguntas que nos acosaron cuando estudiantes y que nos acosan hoy. Interrogando al sentido común, desmontando lo sabido. Llegaron a la Universidad de Chile, universidad que - en sentido estricto - hizo posible la antropología en este país. No es que en Concepción, con nuestro queridos Edgardo Garbulski y Zulema Seguel, no hubiese surgido la antropología. Surgió, pero de la mano de un funcionario de investigaciones la hicieron desaparecer.

Etnógrafos al cabo no obviámos que las instituciones no son sino quienes las hacen, las mantienen, y las destruyen o las perpetúan. La mirada inquieta, curiosa, del etnógrafo se infiltra en el aula universitaria a través de don Carlos Munizaga Aguirre, nuestro maestro, quien nos invita - en una suerte de ejercicio cortazariano - a descubrir que las tijeras no son tijeras, que los relojes no son relojes y que las escaleras no son escaleras. Que en definitiva los objetos no son sino medios en las relaciones entre los seres humanos. Que el desplome de la Casa de Usher era más el desplome de tiempos que creyeron en su momento, como nuestra propia modernidad, ser inmemoriales.

Don Carlos no nos deja una herencia sino más bien un mandato. Depositario y profeta de la mirada crítica del etnógrafo de su propia cultura, se pasea por nuestras aulas, extrañado quizás por la sospecha de una disciplina que a ratos, en estas mismas aulas, en las aulas de la Universidad de Chile, pareciera desvanecerse. Don Carlos se nos cuela en la memoria y nos invita, claro está, a continuar con nuestra aventura etnográfica, a recuperar su legado para indagar acerca de los cursos que la cultura o las culturas han tomado en nuestro país. A nosotros, a mi generación, la segunda modernidad nos llegó a balazos. La modernidad o el libre mercado

o ambas cosas. Nos enclaustró en las aulas en complicidad con nuestros maestros. Sabíamos que debíamos cuidar nuestra huerta, aquella que don Carlos había sembrado bajo la forma del Centro de Estudios Antropológicos, allí donde se reunían Ximena Bunster, Pedro Cunill, Bernardo Berdichevski, Juan Munizaga, Domingo Curaqueo, Gilberto Sánchez, Victoria Castro. Y la cuidamos. La antropología continuó su curso y a ella se sumaron otros maestros que nos acompañaron en la aventura larvaria de los setenta.

La antropología, nuestra antropología, no podía, eso sí, seguir en silencio. Fueron nuestros alumnos y alumnas que en un Pedagógico anestesiado a fuerza de represión salieron en una de las primeras marchas al finalizar los setenta. Después parimos - y déjenme usar esta profunda expresión ginecocéntrica - nuestro pequeño santuario, el Colegio de Antropólogos de Chile A.G., organización anacrónica que, en los tiempos del lucro, se proclama voluntaria. Organización que en el concierto de la muerte se sumó sin vergüenza a la cultura de vida.

El fin de los paradigmas, así me parecía entonces, se asociaba a pliegues y repliegues del mercado y a instalaciones y desinstalaciones de regímenes políticos. Así lo conversábamos el ochenta y cuatro, en los altos del Café Torres, en nuestro Primer Congreso Chileno de Antropología, tiempo que nos tornó rebeldes frente a la dictadura, pero dóciles frente al pueblo. Una vez más, críticos en casa pero conformistas afuera.

Mientras la antropología norteamericana se sumía en la crisis de la representación, nosotros recuperábamos las voces silenciadas del pueblo a través del protagonismo incipiente de intelectuales preparados a fuerza de educación popular. Al cabo pareciera nos hubiéramos silenciado a nosotros mismos.

Tal vez don Carlos, nuestro fantasma, el que recorre el mall de las Ciencias Sociales, volvería para interrogarnos. Volvería a exigir nuestra voz, la voz disciplinaria, la que puede, la que debe pronunciarse. Aquella que pone en evidencia la arbitrariedad de nuestra propia existencia, aquella que sólo puede nacer de una etnografía inmiscuida en la intimidad de los procesos históricos que algunos hacen y otros - u otras, las más de las veces - padecen.

La etnografía no se disuelve en la ficción moderna, se constituye a pesar de ella, en contradicción con ella. Es el rumor quisquilloso que hoy nos obliga, tal vez con más fuerza que hace un par de meses atrás, a dudar de los discursos totalitarios que, bajo la justificación civilizatoria, buscan emparejar las culturas para su propio beneficio.

Esta etnografía quisquillosa y preguntona no es niño o niña malcriada. Su perenne inquietud por tornar en humanidad el conocimiento de lo humano, nos invita a descubrir en los pueblos latinoamericanos mundos posibles. Hay allí gémenes de humanidades alternativas, posibilidades que procuran cuerpos históricos en un escenario cuya pluriculturalidad hay quienes quisieran obviar.

Al amparo de una luna creciente y de don Carlos, nuestro maestro, y junto a nuestras hermanas y hermanos argentinos, latinoamericanos, canadienses, españoles, franceses y finlandeses, recibamos este IV Congreso cuyo centro de reflexión lo constituye la diversidad en el mundo moderno y esperemos que, en un Quinto Congreso, se reúna la antropología latinoamericana, allí, en "el último límite de las montañas más impenetrables y más solitarias del mundo", para responder a las preguntas que quepa formular el 2004.

Muchas gracias

Santiago, 19 de noviembre de 2001.